

masa y sociedad

jean baudrillard

Es necesario desconfiar de los autodidactas. Estos no respetan nada, se precipitan sobre las ideas como si éstas les pertenecieran. Son terroristas de la cultura. Este es el caso de Jean Baudrillard que enseña sociología sin ser egresado de la Ecole Normal Supérieure ni haberse graduado en filosofía. *"Empecé a reflexionar demasiado tarde"*, confiesa sonriendo. Profesor de alemán, quería trabajar en la educación superior sobretodo por razones materiales. *"Teniendo en cuenta mis diplomas no podía escoger. En 1965, la sociología era la única disciplina que no exigía títulos. Al principio tenía que aprender poco a poco lo que debía enseñar a mis alumnos"*.

Baudrillard había logrado hacerse nombrar asistente en Nanterre. Sin duda alguna, en esa época, el departamento de sociología de la Universidad de Nanterre, con Henri Lefevre, filósofo marxista independiente, teórico de la alienación y de la vida cotidiana, con Daniel Cohn-Bendit y el movimiento del 22 de marzo, llegaría a ser el crisol ideológico en donde se prepararían las jornadas de mayo. El nuevo asistente no se contentó con aprender y enseñar la teoría de las sociedades, hizo parte de la vanguardia para participar en los trabajos prácticos. Todavía tiene nostalgia por esos años *"cuando en Nanterre sucedía algo"*.

EL DERECHO A LA INDIFERENCIA

¿Pero qué es lo que sucede? Primero están los hechos y luego la manera de interpretarlos. Para todo el mundo, tanto en la derecha como en la izquierda, y en primer lugar para los protagonistas, para esos estudiantes que edificaban barricadas en las calles del Barrio Latino, mayo del 68, fue un movimiento revolucionario, una tentativa de liberación de las fuer-

zas sociales que el poder tenía encadenadas. Este movimiento se inscribe en la tradición de estos levantamientos, que afortunados o no, determinan la historia de occidente desde 1789. Error de óptica, sostiene Baudrillard. Lejos de explicar el acontecimiento, el remitirse a la tradición encubre lo que había de radicalmente nuevo. Porque para él, mayo del 68 no fue una explosión, una abertura hacia el futuro, sino, por el contrario, lo que él llama una implosión, es decir, una especie de desmoronamiento catastrófico.

"Mayo del 68, escribe, fue sin duda la primera reacción violenta contra la saturación de lo social, una retracción, un desafío a la hegemonía de lo social". Este es el signo de que se ha pasado una página de la historia de las ideas. Porque, para este autodidacta de la sociología, la evolución del mundo pone en cuestión lo esencial de la ciencia que él enseña y a los postulados que la fundamentan. Ya no cree en la realidad de lo social, ni en la idea de que la sociedad obedece a leyes, estos problemas dependen de un orden que el sociólogo debe poner en evidencia. Para Jean Baudrillard la sociología ya no puede existir por la simple razón de que ya la sociedad no existe. Actualmente, nos encontramos en una civilización de masa. Un ejemplo: *"En la noche de la extradición de Klaus Croissant, escribe Baudrillard, la televisión transmitía un partido de football en el cual Francia se jugaba su clasificación en la copa mundo. Varios centenares de personas hacían una manifestación delante de la Santé, algunos abogados precipitadamente trataban de evitar la extradición, 20 millones de personas pasaron la noche ante la pantalla de televisión"*.

Apatía formidable, que no se termina de deplorar, de denunciar, de tratar de superar. Por el contrario, el autor nos invita a que nos preguntemos.

"Por este hecho extraño de que después de varias revoluciones y un siglo o dos de aprendizaje político, a pesar de los periódicos, de los sindicatos, de los partidos, de los intelectuales y de todas las energías dispuestas a educar y movilizar al pueblo, ocurre todavía (y seguirá ocurriendo dentro de 10 o 20 años) que hay mil personas que se organizan y veinte millones que siguen siendo "pasivos" —y no solamente pasivos, sino que francamente prefieren de muy buena fe, disfrutar, sin preguntarse porqué de un partido de football olvidando un drama humano y político".

Para el militante de izquierda que cree en la "espontaneidad revolucionaria" de las masas no hay problema. Es culpa del poder que anestesia la opinión, la engaña, la manipula a su gusto. Como si el Estado hubiera inventado el football y forzara a los ciudadanos a quedarse ante su aparato de televisión. *"¿Qué desprecio hay detrás de esta interpretación!"*, subraya Baudrillard. Ella equivale a negar a la opinión toda responsabilidad, a rechazarle inclusive el derecho de ser indiferente. Porque se parte del principio de que ella no debería serlo. Pero si fuera a la inversa? Si la opinión no tuviera necesidad de nadie para dar la espalda a la política, si no tuviera deseos de moverse? No por Klaus Croissant detrás de la izquierda, ni por Europa detrás del gobierno. Y si el silencio de estas mayorías que se han llamado silenciosas fuera el primer hecho, irreductible, del cual es necesario partir para entender la noción de masa?

EL RECHAZO DE LA TRASCENDENCIA

La masa según Jean Baudrillard es justamente lo inverso de la sociedad según Alain Touraine o Michel Crzier. La sociedad es una estructura. Está dividida en clases, en categorías socio-profesionales. Se reconoce en instituciones, allí se ejercen poderes. Es por esto por lo que los miembros de la sociedad, individuos o grupos humanos, se distinguen unos de otros. Pueden establecer entre sí relaciones, colaborar u oponerse, en una palabra, dar sentido a su actividad.

La masa no es sino un conglomerado indiferenciado, una suma ilimitada de individuos que no pueden ni siquiera ser considerados como sujetos, puesto que no se distinguen los unos de los otros, puesto que han llegado a ser intercambiables.

"Se habla de la masa de los trabajadores. Pero la masa no ha sido nunca la de los trabajadores". Los trabajadores sólo empiezan a formar la masa en la medida en que dejan de conducirse como trabajadores. La masa es usted, soy yo, es todo el mundo y cualquiera, desde el instante en que deja de ejercer su oficio, de jugar un papel dentro de la colectividad, para coger el carro, abrir un periódico o irse de vacaciones. La masa es más una manera de existir que una realidad objetiva. O de no existir.

"La masa no tiene atributo, ni predicado, ni cualidad, ni referencia. Esta es su definición o su indefinición radical. No hay polaridad del uno al otro en la

masa. Esto es lo que hace la imposibilidad de hacer circular allí el sentido: éste se disipa allí instantáneamente, como los átomos en el vacío. La masa, concluye Baudrillard, es lo que queda cuando se ha olvidado todo lo social".

Siempre han habido efectos de masa. Baudrillard cita el ejemplo del cristianismo. *"Las masas nunca han sido alcanzadas por la idea de Dios, lo que era un asunto de los clérigos, ni por los tormentos del pecado y de la salvación personal. No se trata de que ellas no hubieran podido acceder a las luces superiores de la religión: ellas las ignoran. Ellas no se niegan a morir por una fe, por una causa, por un ídolo. Lo que ellas niegan es la trascendencia. Para las masas el reino de Dios siempre ha estado en la tierra, en la inmanencia pagana de las imágenes, en el espectáculo que la Iglesia hacía de él"*.

De la misma manera como, hoy en día, ellas reducen los debates políticos a enfrentamientos entre estrellas de la televisión. Porque el comportamiento de las masas es siempre el mismo: *"Se les da sentido y ellas quieren espectáculo"*.

PRODUCIR NECESIDADES

Pero la novedad más grande para Baudrillard es que actualmente ya nada se opone a su expansión. En otra época, el hombre estaba ligado a su familia, a su oficio, a su status social, a su tierra natal. Era prisionero de ella pero, al mismo tiempo, sus realidades tangibles eran la garantía de su identidad.

En nombre de la razón y del progreso, el mundo moderno rompió todos estos lazos, acabó todos los particularismos. Creía emancipar a los individuos y fabricaba la masa. Ella está, en adelante, en todas partes, lo invade todo. A su manera, reina, transformando las iniciativas del poder en gesticulaciones irracionales, como se vio durante las jornadas de mayo del 68.

Baudrillard retoma la crítica de Marx, radicalizándola y ampliándola. Marx había mostrado que el capital estaba obligado a sacrificar los valores tradicionales, porque ellos obstaculizaban una organización racional de la producción. Pero, para Baudrillard, esta dictadura del capital no fue sino una etapa. Corresponde a la economía de finales del siglo XIX. Cuando la única preocupación de los industriales era la de producir el máximo de objetos posible. Después de la crisis del 29, se dieron cuenta que para seguir vendiendo objetos era necesario producir consumidores. Por lo tanto, organizar la vida colectiva como se había organizado el trabajo. Y, actualmente, como el consumo mismo está saturado, se entra en una tercera etapa. Hay que producir necesidades. Por lo tanto organizar la vida privada, someter, de grado o por fuerza, al orden de la razón las experiencias más personales del ser humano: la salud, el tiempo libre, la sexualidad y la muerte.

Esta empresa se vuelve contra sí misma. La cien-

cia debería revelarnos los secretos del universo, nosotros le pedimos las fruslerías o proezas gratuitas, como la conquista de la Luna. "Actualmente, los médicos ya no saben lo que hacen, lo que son, manipulados mucho más que lo que ellos manipulan, dice Baudrillard. Se exigen cuidados, médicos, medicinas, seguridad, salud y siempre más, sin límites. ¿Están las masas alienadas en la medicina? Nada de eso: ellas están arruinando su institución, haciendo explotar la Seguridad Social, poniendo en peligro lo social mismo, exigiendo siempre más, como se hace con una mercancía".

Esto es lo que el autor llama "el efecto Beaubourg". Este "monumento genial de nuestra modernidad" debería poner la cultura al alcance de todos. "Las masas se precipitan allí, no porque estén encantadas con esta cultura de la cual hacía mucho tiempo estaban excluidas, sino porque tienen por primera vez la ocasión de participar masivamente en este inmenso duelo por una cultura que de hecho siempre han detestado. Las masas se precipitan hacia Beaubourg (*) de la misma manera como lo hacen a los lugares de catástrofes con el mismo impulso irresistible. Mejor aún: ellas son la catástrofe de Beaubourg. Su número, su rumor, su fascinación, su prurito de verlo y manipularlo todo, es un comportamiento objetivamente mortal y catastrófico para toda empresa. Es la masa la que pone fin a la cultura de masa".

Para Baudrillard, las masas son "agujeros negros" en los cuales vienen a sumergirse, a desmoronarse y perderse, la política, la economía, el orden social, la cultura y todo lo que constituye nuestra civilización. El único fenómeno que concuerda con esta autodestrucción, que la acompaña y que se le parece, es el terrorismo y su absurdidad radical.

Al respecto, Baudrillard escribe: "El poder se pierde, el poder se perdió". Es en este sentido que él habla "del espectáculo fantástico de la descomposición del capital, del fantasma del valor, del fantasma del saber". Se le ha reprochado mucho, se le ha acusado de hacer sociología-ficción. Y es cierto que el prisionero al que se somete a la tortura, no puede admitir que el poder no es, en nuestros días, sino un simulacro. Es cierto que centenares de millares de hombres sobre la tierra, lejos de tener el sobreconsumo, carecen todavía de lo estrictamente necesario. Es cierto que la crisis del petróleo está recordando a nuestras sociedades que la producción de los bienes materiales sigue siendo su gran preocupación.

"EL ACUERDO ENCEGUECEDOR"

Baudrillard descarta la objeción. "Cuando Marx publicó el 'Manifiesto Comunista', en 1848, la sociedad estaba muy lejos de parecerse a la imagen que él

le daba. Creía vivir todavía con los valores tradicionales. Sin embargo, Marx tenía razón, porque había comprendido lo esencial, la naturaleza del mecanismo que presidía a su transformación". Lo que cuenta para Baudrillard, es la modernidad. Aun cuando constituye la excepción y no aún la regla. El no tiene referencias para relacionar las manifestaciones más significativas, para poner en evidencia su singularidad, para oponer al conformismo de las ideas recibidas, la cruel evidencia de los hechos. "Baudrillard está lleno de talento y de inteligencia. El acuerdo, cuando es posible, es engeguecedor" reconoce en el periódico "Liberation" Pascal Bruckner, que sin embargo es uno de los que rechazan sus tesis.

El problema no es el saber si Jean Baudrillard tiene o no razón. El no puede estar equivocado. Entre su concepción y la angustia contemporánea hay demasiadas correspondencias, demasiado evidentes. Pero hasta qué punto tiene razón? La verdadera pregunta es la de saber si ya somos completa y definitivamente prisioneros del sistema que él describe, si no se puede tratar de hacer nada para disminuir y tal vez parar este alud terrible, para conjurar este apocalipsis en el sentido en que él nos lo predice.

"No propongo ningún remedio, es cierto. Soy un terrorista. ¿Pero qué puedo hacer si es el momento del terrorismo?" responde con voz calmada.

Porque este profeta de desgracia no es ni vehementemente ni desesperado. No esconde que encuentra un inmenso placer en demostrar los mecanismos de la muerte de la ilusión occidental. "Naturalmente hay cosas que hacen mal, porque todos hemos recibido una formación más o menos humanista. Pero es también una gran aventura cuyo desenlace no puede ser esperado sino con impaciencia. Los verdaderos pesimistas, para mí, son aquellos que se empeñan en defender cosas que ya no pueden salvarse".

¿OTRA MANERA DE VIVIR?

Durante años, Baudrillard opuso a la ambición racionalista y progresista del pensamiento moderno, el ideal de las sociedades primitivas que no tenían historia, ni economía, que no se conocían como sociedades, que mantenían relaciones de carácter simbólico con el mundo. Hasta el punto de que sus adversarios lo acusaron de resucitar el mito del buen salvaje. "Ellos no estaban del todo equivocados, reconoce actualmente. Lo que es necesario encontrar, es otro tipo de relaciones entre el hombre y la realidad. Pero aquí y ahora. Una manera de vivir que permita volver a encontrar la intensidad, el juego, el desafío. El trabaja en este problema y lo llama la seducción. "En cuanto a saber si se pueden deducir de lo anterior nuevas actitudes políticas, Baudrillard dice que aún es demasiado pronto para hablar de esto...".

Traducción de María Luisa Jaramillo

(Tomado del *Nouvel Observateur*)

lenguaje en operación

roman jakobson

"Then the bird said 'Nevermore'"
Edgar Allan Poe

Hace poco, en un tren, escuché un fragmento de una conversación. Un hombre le decía a una joven señora: "Están pasando *El Cuervo* en la radio; es un viejo disco de un actor londinense muerto ya hace años; quisiera que hubieses oído su *"nevermore"* [nunca más]. Aunque el mensaje oral de aquel desconocido no estaba dirigido a mí, yo sin embargo lo recibí y luego transmití esta expresión, primero en forma manuscrita y luego en forma de símbolos impresos; ahora se ha convertido en parte de una nueva estructura —mi mensaje al presunto lector de estas páginas*.

Aquel desconocido había acudido a una cita literaria, que aludía aparentemente a una experiencia emocional compartida con su interlocutor femenino. El se refería a una declamación presuntamente transmitida por la radio. Un difunto actor británico era el mandante original de un mensaje dirigido "a quien pueda interesar". El, a su vez, había simplemente reproducido el mensaje literario de Edgar Allan Poe, de 1845. Más aún, el poeta americano se había limitado —aparentemente— a transmitir la confesión de un "enamorado que deplora la muerte de su amante",

—quizás el poeta mismo, o tal vez algún otro hombre, real o imaginario.

Dentro de este monólogo, la palabra *"nevermore"* se atribuye a un pájaro parlante, con la implicación adicional de que *aquella palabra* [that one word], expresada por el Cuervo, había sido *aprendida, de algún amo desgraciado* [caught from some unhappy master], como el *estribillo melancólico* [melancholy burden] de sus lamentos cotidianos.

Así, las mismas palabras habían sido sucesivamente puestas en movimiento por el hipotético "amo", el Cuervo, el amante, el poeta, el actor, la estación de radio, el desconocido del tren, y finalmente, por el autor de *Sound and Meaning*. El "amo" exteriorizaba repetidamente aquella elíptica frase de su discurso interior: *"nevermore"*; el pájaro imitaba su secuencia sonora; el amante la retenía en su memoria y decía la parte del Cuervo con referencia a su posible fuente; el poeta escribió y publicó el cuento del amante, inventando realmente los papeles del amante, del cuervo y del amo; el actor leyó y recitó para una grabación la pieza asignada por el poeta al amante, con su *"nevermore"* atribuido por el amante al Cuervo; la estación de radio escogió el disco y lo dio al aire; el desconocido escuchó, recordó y citó este mensaje con referencia a sus fuentes, y el lingüista tomó nota de esta cita, reconstituyendo la sucesión total de transmisores y tal vez inventando los papeles del desconocido, del radio-operador y del actor.

* Beaubourg: Museo de Arte Moderno y Centro Cultural Georges Pompidou.

* Pertenecen a *Sound and Meaning*; este libro, aún en proceso, tiene su origen en la serie de *Six leçons sur les sons et les sens* que fueron dictadas hace 20 años en la Ecole Libre des Hautes Etudes (New York, 1942) bajo este ingenioso título sugerido por Alexandre Koyré.